

Discurso que en Conmemoración de la fecha patria pronunció la Delegada Estudiantil Srta. María Delia Terrén en el Aula Magna de nuestra Facultad

Señor Decano, Señores Profesores, Estimados condiscípulos:

Un 25 de Mayo más nos toca conmemorar. Pero no debemos contentarnos con recordar nuestro inmortal 25 de Mayo de 1810: debemos revivirlo.

¿Por qué digo revivir y no sólo recordar? Porque revivir dice más y es más que recordar. No se trata ya de traer a la memoria los hechos tal como fueron o se realizaron, sino que es: adentrarse en ellos, captar su sentido, desentrañar su esencia, intuir porque fueron como fueron y no de otra manera. En una palabra: fundirse en el espíritu que les dió vida.

Esto es lo que nos corresponde hacer en este 25 de Mayo de 1943. Porque sólo así se comprende la más excelsa lección que nuestros antepasados pudieron legarnos: tener por IDEAL la Independencia de la Patria y poner ese "ideal" sobre nuestras propias vidas.

¡Qué lección magnífica! ¡Cuán llena de sugerencias para los que quieran comprenderla!

Los hombres de Mayo tuvieron un ideal: la Independencia de la Patria. Sublime, sin duda, este concepto. Pero, a mi juicio, el otro supera. Porque en él está la esencia del patriotismo: poner la Libertad de la Patria sobre nuestras propias vidas. Esto es lo **substancial**, señores; porque sin patriotismo no hay Patria.

Así lo entendieron los hombres de Mayo. Su causa fué abnegación y lucha y no sólo ideal. En ello reside la verdadera grandeza de los Revolucionarios del 10. Fueron patriotas esencialmente.

Bien dice Monteagudo en la Gaceta del 3 de Enero de 1811: "Todos aman su Patria y muy pocos tienen patriotismo", y añade "para amar a la Patria basta ser hombre, para ser patriota es preciso ser **ciudadano**, quiero decir, tener las virtudes de tal".

Vosotros me preguntaréis, cuáles fueron para Monteagudo las virtudes del ciudadano? Y bien, yo me atrevo a contestaros: aquellas que caracterizaron a los héroes de Mayo.

Esto es: bregar por el bien de la humanidad, de nuestros semejantes, prescindiendo de la conveniencia personal como ley primera de nuestra conducta, y además ser constante en el trabajo hasta el sacrificio.

Ellos fueron la negación absoluta del egoísmo. Del egoísmo, mal evidente de la sociedad contemporánea y causa primordial de los odios del momento.

Ellos supieron hablar con los hechos, enseñar sin palabras, que es la manera más positiva de amar y servir a la Patria. Predicaron con el apostolado del ejemplo. Por eso su acción resultó tan rica en consecuencia.

Así hoy podemos decir, en realidad de verdad, que la Revolución de Mayo fué el único movimiento que, al no ser vencido en su lugar de origen, conservó fulgurante la antorcha de la libertad, que contemporánea pero efímeramente se había encendido en los otros países sudamericanos.

Fué la Revolución de Mayo la que convirtió en proféticas aquellas palabras de Don Pedro Murillo, condenado al cadalso por Goyeneche: "La tea que os dejo encendida, jamás se ha de extinguir".

Esa tea de la Libertad no se ha extinguido. Nuestras generaciones precedentes han sabido cuidar ese fuego sagrado; en nuestras manos está el conservarlo.

Sepamos velar por esa Libertad tres veces repetida en nuestro Himno, por esa Libertad esencia de nuestra Constitución y por ende base insustituible de nuestra forma de gobierno. Por esa Libertad que si alguna vez pareció languidecer en las tinieblas de la noche de Cancha Rayada, ondeó gloriosa y triunfante en las llanuras de Maipo, apuntalada por las inmortales espadas del Ejército Libertador y empapada en la sangre de los mártires que la vertieron en su holocausto, flotando al viento en los pabellones de la Patria, con los colores de cielo y sol, que no serían jamás patrimonio de clase, sino como cielo y sol, patrimonio de la humanidad entera.

Con la Revolución de 1810 surgió nuestra nacionalidad, hechos posteriores la fueron cimentando; a nosotros pues nos toca perfeccionarla, porque perfeccionarla es robustecerla, es consolidarla.

Este es el deber de todos los que nos gloriamos de ser argentinos. De todos, entendámoslo bien. No sólo del alto funcionario, del talentoso universitario o del poderoso hacendado, sino también del simple empleado, del anheloso estudiante y del laborioso campesino. De todos dije, — porque la Patria es de todos y pa-

ra todos, sólo que de nosotros depende el ser patriotas o no.

Tengamos conciencia de nuestra responsabilidad. Si tenemos cinco talentos, rindámoslos el cinco; si el uno, el uno; pero jamás lo enterremos. No seamos egoístas. De otro modo será inútil bregar por una mayor justicia social. No olvidemos, Señores, que la justicia es la base del patriotismo, y el patriotismo es la negación absoluta del egoísmo.

Trabajemos por una Patria grande. Pero para ello no descuidemos su realidad social. Observémosla objetivamente, libres de todo prejuicio, de toda pasión.



Un Romance

Mi musa, personaje prepotente y "meterete" (quizá pronto os hable de ella), se me presentó hace unos instantes para, sin el preámbulo más leve, sin decirme siquiera "buenos días", espetarme:

—Te voy a dictar un "Romance para la ciudad llorona"...

(¡Ah! ¡Sí! ¡Porque la señorita me tutea...!).

—¿Y qué ciudad es la llorona? — Le dije.

—¡Buenos Aires! — díjome ella.

—¿Buen...? ¡Tu estás loca!

—Llueve todos los días...

—No exageres, ¡vamos!, no exageres.

—Buenos: todas las semanas.

—No digas pamplinas.

—No me ofendas, que me voy...

—¡Vete!

—Te arrepentirás...

—Está bien. ¡Ea! Te dejas de vueltas. O el romance ése tan importante viene, o te marchas tú.

Se apaciguó entonces al verme tan decidida, y, parándose muy tiesa junto al tintero, comenzó — con voz hueca — a declamar así:

No pervirtamos los valores. No asignemos al factor político una supremacía que no tiene frente al factor social o al factor económico. Sólo de la marcha conjunta de ellos resultará esa sociedad basada en la justicia; que todos, en el fondo, anhelamos, pero que tan poco hacemos por conseguir.

Creemos en el progreso, en la perfectibilidad del hombre y de sus instituciones.

Yo creo en ello, porque creo en el hombre, y creo en el hombre porque CREO EN DIOS.

—Romance para la ciudad llorona.

"Buenos Aires, Buenos Aires,

"la ciudad más plañidera:

"si sigues con tanto llanto

"a la ciudad de las nieblas

"robarás el cetro y tú

"de humedad serás la reina.

"No gano para paraguas,

"negros paraguas de seda,

"que se asemejan a hongos

"que espero yo que no crezcan

"—a pesar de tanta lluvia—

"en mis cándidas orejas...

"No gano para "perramus"

"ni para botas de suela

"de caucho que a mis dos bases

"contra tus lloros protejan...

"¿Por qué no luces el sol

"que corazones alegra?

"¿Por qué no luces el sol

"que a tus calzadas seca

"y evita sean resbalosas

"tus tan estrechas aceras?

"¡Buenos Aires, Buenos Aires,

"cesa tus lágrimas, cesa,

"o prolongarás el Río

"de la Plata hasta Floresta!"

Aquí calló mi musa. Y se fué a velocidad increíble.

Es que ella, suspicaz, vió que enarbolé mi pisapapeles en ademán intranquilizador...

Poborilla

